

VIVIR Y NARRAR

· *Leyla Polo del Vecchio* ·

**Leyla Polo del Vecchio**

Universidad de Venecia Ca' Foscari

**Vivir y narrar**

DOI: 10.36446/be.2024.69.398

**Resumen**

En esta nota crítica se examina *Die Krise der Narration* de Byung-Chul Han, ensayo filosófico sobre la transformación de la narrativa en la era digital. Han argumenta que la información fragmentaria ha reemplazado las historias tradicionales, erosionando nuestra capacidad para transmitir experiencias y sabiduría. El libro sostiene que el *storytelling* contemporáneo ha reducido las narraciones a mercancías consumibles, destruyendo su función original de generar cohesión social y comprensión existencial. Mediante un diálogo con pensadores como Walter Benjamin, Han desentraña cómo los medios digitales, las redes sociales y las plataformas de *streaming* han modificado nuestra percepción narrativa. Con un tono marcadamente pesimista, el autor expone cómo la información instantánea y los algoritmos han fragmentado nuestra experiencia temporal, privando a las historias de su profundidad y capacidad de dar sentido a la existencia humana.

**Palabras clave**Byung-Chul Han; Información; Fragmentación; Comunidad; *Storytelling***To Live and to Narrate****Abstract**

This critical examination scrutinises Byung-Chul Han's *Die Krise der Narration*, a philosophical essay elucidating the metamorphosis of narrative within the digital era. Han provocatively contends that fragmented information has supplanted traditional storytelling, systematically eroding humans' capacity to transmit experiential knowledge and wisdom. The text posits that contemporary *storytelling* has reductively transformed narratives into consumable commodities, fundamentally undermining their primordial social cohesion and existential comprehension functions. Through a dialogue with philosophers such as Walter Benjamin, Han meticulously demonstrates how digital media, social networks, and streaming platforms have irrevocably transformed narrative perception. With a distinctly pessimistic phenomenological lens, the author expounds how instantaneous information and algorithmic mechanisms have fragmented temporal experience, thus divesting narratives of their potential to engender meaning within human existence.

**Keywords**Byung-Chul Han; Information; Fragmentation; Community; *Storytelling*

Recibido: 24/11/24. Aprobado: 07/12/24.

“*Vivir es narrar*”, así concluye el profético ensayo *La crisis de la narración* [Die Krise der Narration] del filósofo surcoreano Byung-Chul Han, que supo ser profesor de la Universität der Künste de Berlín. Su estilo lapidario retrata la modernidad contemporánea con pinceladas rápidas y desgarradoras:

El ser humano, en cuanto *animal narrans*, se distingue de otros animales por el hecho de que, al narrar, realiza nuevas formas de vida. La praxis narrativa tiene la  *fuerza del nuevo inicio*. El *storytelling*, en cambio, conoce solo una forma de vida, la consumista. (Han 2024: 110; énfasis original)

El libro fue publicado originalmente en alemán en 2023 por la editorial berlinesa Matthes & Seitz. *La crisis de la narración*, editado por Herder, es la más reciente de la veintena de obras de Han traducidas al castellano aparecidas en este sello editorial, además de las que dio a conocer Caja Negra. Con varias reediciones de algunos de sus ensayos – *Müdigkeitsgesellschaft* [La sociedad del cansancio], por ejemplo, ha sido traducido a más de una decena de lenguas –, Han se posiciona como uno de los filósofos contemporáneos más leídos y aclamados.

En esta ocasión, nos enfrentamos a un ensayo conciso, notablemente austero, que no dejar de ser una lectura esencial para la actualidad. Aquí, Han se propone recorrer la historia de la narración desde sus

orígenes más remotos, desplegando a lo largo del libro un conso-nante y fructuoso diálogo con Walter Benjamin. El mensaje implícito que resuena en cada capítulo podría resumirse, justamente, en el diagnóstico benjaminiano: “El arte de narrar está llegando a su ocaso” (Benjamin 2011: 3).

Antiguamente, el sentido originario de la narración se basaba en el consejo. Las personas se reunían en torno a un fuego e hilaban historias que luego se volverían eternas. No importaba si la información transmitida a través de ellas era exacta o no. Estas historias provenían de tierras lejanas, nunca vistas salvo por aventureros y mercaderes, pero dotadas de un misterio y un encanto tales que alimentaban la imaginación de sus oyentes incluso semanas, y hasta años después. Según Han, nada de esto permanece hoy en día. Los niños, los últimos habitantes del mundo encantado, han perdido ese sentido de lo maravilloso, así como el asombro que antes los impulsaba a explorar y escuchar historias. Así, en la actualidad, el espíritu de la narración se ve ahogado por su principal adversario: una marea de información. El arte de narrar implica, de hecho, la capacidad de ocultar información. Han, como prueba de esto, del mismo modo en que lo había hecho décadas atrás Benjamin, cita el célebre relato herodotiano centrado en el soberano Psaménito:

Se narra que Psaménito, rey de Egipto, derrotado y capturado por Cambises, rey de Persia, al ver pasar frente a él a su hija prisionera, vestida como sierva y enviada a sacar agua, permaneció mudo, con la mirada fija en el suelo, mientras todos sus amigos alrededor lloraban y se lamentaban. Y al ver también, poco después, que su hijo era conducido a la muerte, mantuvo la misma actitud. Pero al divisar a uno de sus súbditos siendo llevado entre los prisioneros, comenzó a golpearse la cabeza y a mostrar un dolor extraordinario. (de Montaigne 2014: 57; cf. *Hdt.* L. III, 14, 1-6; Han 2024: 16-17)

El relato fue transmitido por Heródoto en el tercer libro de sus *Historias* y, más tarde, recogido por Michel de Montaigne en el capítulo de los *Ensayos* titulado “De la tristeza”, lectura que influyó profundamente a Benjamin (2011: 28). En esta historia, la omisión de una explicación que aclare las razones detrás de las acciones del protagonista representa el verdadero núcleo de la narración.<sup>1</sup> Así, este relato no solo incrementa la tensión narrativa, sino también la atención del público, profundamente inmerso en su lectura.

En contraste, el lector moderno “salta de una novedad a la siguiente, en lugar de dejar que su mirada se pasee por la *lejanía* y se detenga allí. Ha perdido la mirada *prolongada, lenta, que sabe detenerse*” (Han 2024: 13; énfasis original). En otras palabras, nos encontramos de frente a la muerte del modo contemplativo de percepción propio de épocas pasadas, en favor de una era de tensión creciente, en la que

---

<sup>1</sup> En realidad, en Heródoto sí se encuentra una explicación, aunque poco memorable. De hecho, Benjamin, al encontrarse con este relato a través del segundo capítulo del primer libro de los *Ensayos [Essais]* de Montaigne, se centró solo en la primera parte del texto, escribiendo un breve resumen que incluyó en 1936 en “El narrador”. Sin embargo, el texto de Heródoto continuaba de la siguiente manera: “Había allí unos guardias que informaban a Cambises de todo lo que hacía Psaménito en cada momento, y Cambises, sorprendido por esa actitud, envió un mensajero para interrogarlo: «El rey Cambises te pregunta, oh Psaménito, por qué, al ver a tu hija maltratada y a tu hijo llevado a la muerte, no gritaste ni lloraste, pero, en cambio, honraste con tus lágrimas a un mendigo que, según he sabido, ni siquiera es pariente tuyo». A esta pregunta, él respondió así: «Oh hijo de Ciro, mis desgracias domésticas eran demasiado grandes como para que pudiera llorar, mientras que era digno de lágrimas el infortunio de mi amigo, que, habiendo caído de la riqueza y la felicidad, ha llegado a la miseria en el umbral de la vejez»” (*Hdt.* L. III, 14, 9-10). Cambises, impresionado por la sabiduría de Psaménito, le perdonó la vida y lo acogió en su corte, rodeándolo de lujo y riquezas. No obstante, esto no hizo cambiar de opinión a Psaménito, quien conspiró en las sombras, fue descubierto y finalmente condenado a muerte. Alessandro Baricco describe minuciosamente este pasaje en su comentario a nota a pie de página de “El narrador” (Benjamin 2011: 28, n. 1).

nuestros órganos y sentidos están constantemente estimulados. Incluso los niños ya no son arrullados por historias para dormir, sino transformados en “cazadores de información” (Han 2024: 20).

De hecho, si bien la información tiene la capacidad de poner todo a nuestro alcance, es poco lo que parece estar realmente disponible. La información, siempre parcial e incompleta, se filtra en nuestras vidas constantemente, incluso cuando no somos conscientes de ello, con una fuerza avasalladora que sufrimos con pasividad. Su fuerza penetrante carece de profundidad y encanto, pero produce efectos instantáneos. Los “*big data*” —como los llama Han— no revelan nada y, sobre todo, no tienen la capacidad explicativa, de responder a los porqués, ámbito de la teoría, que, en cambio, “nos ofrece la forma más elevada de saber, es decir, *el saber intelectual*” (2024: 84; énfasis original), al que se le concede cada vez menos espacio. Esto se hace patente, indica Han, por ejemplo, en un artículo escrito por Chris Anderson en 2006, jefe de redacción de la revista *Wired*. En este texto, el autor “afirma que una cantidad inimaginable de grandes datos harían completamente superfluas las teorías” (Han 2024: 83). Lo hace con las siguientes palabras:

Este es un mundo donde enormes cantidades de datos y matemáticas aplicadas reemplazan cualquier otra herramienta que pudiera utilizarse. Fuera con todas las teorías del comportamiento humano, desde la lingüística hasta la sociología. Olvidémonos de la taxonomía, la ontología y la psicología. ¿Quién sabe por qué la gente hace lo que hace? El punto es que lo hacen, y podemos rastrear y medir esto con una fidelidad sin precedentes. Con suficientes datos, los números hablan por sí mismos. (Anderson 2008)

En esta sociedad de la información, percibimos la realidad como respuesta a y a través de la información. No en vano, la extensión temporal de la información supera el momento presente, consumiéndose en el instante mismo en que es anunciada. “Las distintas informaciones no pueden ser entrelazadas entre sí para conformar un relato y, por tanto, se dispersan fragmentariamente” (Han 2024: 53). Si las historias de antaño eran comparadas por Benjamin con semillas de maíz, portadoras de una fuerza germinativa que permanece en el tiempo —imposible de agotarse y capaz incluso de “desplegarse después de mucho tiempo” (Benjamin 2011: 28)—, los fragmentos de información son equiparables a partículas de polvo que se acumulan y se estratifican estérilmente.

Por otro lado, aunque la memoria puede ser incompleta y arbitraria en su selectividad, al menos ella tiene la habilidad de conectar “los acontecimientos siempre en un nuevo modo” y establecer “una red de relaciones” (Han 2024: 68). Se distingue así de la información, que actúa más bien como una base de datos de la cual extraemos contenidos cada vez que lo consideramos necesario. Toda memoria es, por definición, una memoria narrativa. Las historias son necesarias para nuestra vida porque son portadoras de un cierto carácter completo, una conclusión, una interpretación y, sobre todo, un espíritu crítico. Narrar significa, ante todo, conectar. Dar sentido.

En *La náusea* de Sartre, el protagonista, Roquentin, comienza a escribir y contar historias como una forma particular de cura, porque “solo al narrar la vida se eleva por encima de su pura facticidad, de su desnudez” (Han 2024: 50; Sartre 1938). Claro está que Benjamin, en su ensayo de 1933, “Experiencia y pobreza”, aludía al hecho de que ciertas experiencias, como la guerra mundial, habían causado tal impacto en la manera de experimentar la vida que ya era imposible describir la facticidad de la realidad en palabras. La brutalidad de la

guerra provocó grandes fisuras en las comunidades, destruyendo estilos de vida profundamente arraigados y creando una total desconfianza en los medios de comunicación, que ya no expresaban la realidad tal como se vivía antes de las nuevas armas de guerra y el desarrollo tecnológico (Benjamin 2003b: 539).

Sin embargo, esta incomodidad existencial se convirtió en objeto de numerosas novelas, autobiografías y estudios, lo que demuestra aún más que, como seres humanos, no podemos existir sin narrarnos a nosotros mismos. Sigmund Freud, por su parte, fue uno de los muchos que vinculó el dolor psicológico con un bloqueo mental en la biografía de una persona (Han 2024: 93). En este sentido, Han insiste con que el paciente podía considerarse realmente en condiciones de recibir el alta por parte del psicoanalista solo cuando lograba narrarse a sí mismo a otros y repasar con serenidad su propia historia personal. Según Han, “las teorías conspirativas tienen evidentemente una función terapéutica” (2024: 94), demostrando que la narración proporciona también un instrumento de escapismo para huir del dolor del presente. De hecho, esta es la razón por la cual el relato autobiográfico requiere cada vez una reflexión *a posteriori* y, en consecuencia, una nueva narración, siempre a partir de nuestra memoria personal, por defectuosa o viciosa que pueda ser.

Esto nos remite al sentido más auténtico de la narración, en el que se mantenía, no de forma ingenua, la convicción de que narrar debía transmitir algo útil y concreto, compartiendo con las generaciones futuras aquello considerado sabio, válido y pertinente. Han se detiene así en el cambio drástico al que asistimos con respecto a la narración en un tiempo privado de sentido, orientación y contenido real y significativo. Los *likes* en los *posts*, así como las constantes *stories* publicadas a todas horas del día y de la noche, no comunican, sino que publicitan, convirtiéndonos a nosotros mismos en una *brand*. A través de nuestras

páginas de *Twitter* e *Instagram*, experimentamos vicariamente las vivencias de otros y vivimos la ilusión de hablar de nosotros mismos mostrando a amigos, familiares y perfectos desconocidos los lugares que visitamos, los alimentos que comemos e incluso los partidos políticos que votamos. Sin embargo, no reflexionamos sobre el efecto dominó que, a largo plazo, estos procesos tienen en nuestras mentes, sobre las repercusiones de estas elecciones en nuestro presente y, especialmente, sobre las consecuencias que trastocarán nuestro futuro inminente, en cuanto individuos perfilados por industrias que lucran con datos recolectados con el único propósito de aumentar sus ventas. Es aquí donde Han lanza otra crítica contundente a la contemporaneidad, objeto constante de sus polémicas en prácticamente todos sus escritos, pues, en su perspectiva, Internet fomenta la “sensación de inestabilidad que, a su vez, conlleva la insidiosa compulsión de comunicar cada vez más” (2024: 39).

“Podemos decir que las narraciones articulan el ser” (2024: 107). La muerte de la narración es uno de los tantos síntomas de la pérdida de orientación. Sentimos una profunda alienación respecto a nuestra comunidad porque los relatos generaban otrora cohesión social y donaban sentido. Platón criticaba el mito por ser peligroso. Empero, el mito tenía el poder de narrar, es decir, de “*pon[er] en juego una nueva forma de vida y de ser*” (2024: 87; énfasis original; trad. mod.), inaugurando un orden humano y cósmico inédito. La Ilustración también fue una nueva forma narrativa, al igual que *La gaya ciencia* (1882-1887) de Friedrich Nietzsche contaba el mundo con ojos distintos. Han, por su parte, hace coincidir la decadencia de la filosofía con el momento en que surge su ambición de convertirse en ciencia. Así, “la crisis actual de la narración afecta también a la filosofía y prepara su fin” (2024: 90).

En este punto, Han parece, aparentemente, alejarse de su tarea para profundizar en los modelos narrativos de distintos posicionamientos político-ideológicos. Existen, de hecho, narrativas diseñadas para conquistar al público apelando a ciertos constructos sociales. Los modelos narrativos neoliberales, por ejemplo, impiden la formación de una comunidad. Transforman a los sujetos en emprendedores de sí mismos, donde todo es lícito en nombre de la productividad y donde la máxima prioridad es salvaguardar un régimen que aísla a los seres humanos entre sí. Como expresa perfectamente Han, “la proliferación de modelos narrativos centrados en la esfera privada erosiona la comunidad” (2024: 104). Pero lo mismo puede decirse de los modelos narrativos conservadores y nacionalistas, que activan solo dinámicas de discriminación y exclusión. Podría decirse que esta perspectiva se encuentra paradigmáticamente en las antípodas de *Hacia la paz perpetua* (1795-1796) de Immanuel Kant, donde se observa claramente que no todas las narrativas que instituyen una comunidad están basadas en la exclusión del otro. Sin embargo, la sociedad actual carece de un acervo suficientemente variado de relatos comunitarios, y las personas se encuentran fluctuando de un puerto seguro a otro, sucumbiendo a la propaganda —y a la narración— sin desarrollar “ninguna esfera política en sentido enfático, que haga posible, a su vez, la acción en común” (2024: 104; énfasis original). La acción política presupone, por tanto, una cierta coherencia narrativa.

“Hoy en día el tiempo está cada vez más atomizado” (2024: 59). Las informaciones fragmentan el tiempo. Y si el pasado deja de tener eficacia en el presente, el futuro persiste como un perpetuo estímulo para mantener el *statu quo*. Al asumir que nada puede cambiarse, caemos en la ilusión de que todo debe permanecer como está y que nada puede mejorarse. Es entonces cuando somos más fácilmente manipulables, cuando la vida deja de ser tal y se reduce a mera su-

pervivencia. No por casualidad Han describe la vida en la era moderna como sujeta a una “atrofia muscular” (2024: 35) causada por el colapso del tiempo. A causa de ello, perdemos nuestro anclaje al ser. La narración da forma a un orden cerrado, ofreciéndonos sentido e identidad. Pero la información asfixia la creatividad. Desde el prefacio, el autor afirma que “el ser y la información se excluyen mutuamente” (2024: 9). Por eso, se afirma en este libro, vivimos en una era postnarrativa: porque los vínculos que nos mantenían anclados al ser, a la vida, comienzan a desmoronarse lentamente, uno por uno.

No es de extrañar, por tanto, que la narración se haya transformado en “*storytelling*” o, incluso, como gusta decir el autor apelando a un juego de palabras, en “*storyselling*”, convirtiendo así las historias en mercancías y contribuyendo a la venta de novelas y relatos como una fuerza consumista, un “síntoma de la patología que caracteriza el presente” (2024: 11). De hecho, se trata de una derivación lógica, especialmente considerando que “*vender historias* significa, en última instancia, *vender emociones*” (2024: 108). Mientras tanto, gigantes como *Netflix* especulan y se enriquecen con nuestra necesidad de entretenimiento, de llenar vacíos afectivos y de distraernos de lo que realmente sucede fuera de las ventanas cerradas de nuestros hogares. Hoy en día, el *touch screen* sirve solo como un “*pastura para los ojos* que satisface mis necesidades” (2024: 78; énfasis original). El cine actual, representado por las más variadas plataformas de *streaming*, ya no es arte, sino una glotonería orientada al mero placer del entretenimiento.

Según Han, nuestra era es la del régimen de la información, donde la comunicación está dirigida y controlada por algoritmos, y en la que el ser humano, definido por él como “*phono sapiens*”, “se inmola al servicio del momento” (2024: 40; énfasis original). Sin embargo, esto

no es tan evidente para nosotros, lectores de esta obra, que nos enfrentamos a un estilo tan denso en contenido cuya comprensión completa llega únicamente en una segunda, si no tercera, lectura. Han es un filósofo ecléctico, muy versátil, que ya ha demostrado en otras ocasiones sus capacidades analíticas. Pero en esta obra incisiva, se comprende plenamente la razón de su tono a veces pesimista y nunca del todo alentador. Benjamin, en “El narrador”, se destacaba por su nostalgia, pero también por una especie de capacidad para maravillarse ante la belleza del mundo. En cambio, en Han se vislumbra un abismo y no se percibe el fondo. Ante la frialdad y estoicismo de sus afirmaciones resolutivas, motivadas por la necesidad de comprender plenamente sus razones, la pregunta que surge espontáneamente para el lector es: «¿Por qué?». La lectura de los textos mencionados *en passant*, aunque parcial, disipa las dudas que surgen de muchos pasajes crípticos y oscuros. No obstante, la exposición del autor sobre esta temática es coherente, precisa y oportuna respecto a los problemas actuales, ofreciendo una síntesis impecable de los núcleos neurálgicos de la crisis de la narración.

En síntesis, es posible afirmar que esta es una obra de gran calibre, que aborda con la seriedad debida, aunque a veces exagerada, el tema que trata, y que permite dar un paso atrás y tener una visión panorámica de un fenómeno tan difundido como invisible. Al leerla no es posible evitar sentir una cierta fascinación y admiración por una forma literaria tan longeva e intrínsecamente ligada al género humano.

## REFERENCIAS

- ANDERSON, Christ (2008), “The end of theory: The data deluge makes the scientific method obsolete”, *Wired*, 23 de junio [Disponible en: <https://bit.ly/3OckjT5>]
- BENJAMIN, Walter (1972-1999), *Gesammelte Schriften* [GS], edición de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser en colaboración con Theodor W. Adorno y Gershom Scholem, 7 vols. (14 partes) y 3 suplementos (Fráncfort del Meno: Suhrkamp)
- \_\_\_\_ (2003a), *Opere Complete V. Scritti 1932-1933*, edición de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, edición italiana de Enrico Ganni, con la colaboración de Hellmut Riediger (Turín: Einaudi).
- \_\_\_\_ [1933] (2003b), “Esperienza e povertà”, en Benjamin (2003a: 539-544), traducción al italiano de Fabrizio Desideri [“Erfahrung und Armut”, en GS II/1: 213-219].
- \_\_\_\_ [1936] (2011), *Il narratore. Considerazioni sull'opera di Nikolaj Leskov*, traducción al italiano de Renato Solmi, notas y comentarios de Alessandro Baricco (Turín: Einaudi) [“Der Erzähler. Betrachtungen zum Werk Nikolai Lesskows”, en GS II/2: 438-465].
- MONTAIGNE, Michel de, (2014), *Saggi*, edición y traducción al italiano de Fausta Garavini siguiendo la ed. de André Tournon (Milano: Bompiani) [*Les Essais, t. 1*, presentación, establecimiento del texto, aparato crítico y notas a cargo de André Tournon, París, Imprimerie Nationale, 1998].
- HAN, Byung-Chul (2024), *La crisi della narrazione: informazione, politica e vita quotidiana*, traducción al italiano de Armando Canzonieri, col. *Stile Libero Extra* (Turín: Einaudi) [*La crisis de la narración*, trad. de Alberto Ciria, Barcelona, Herder, 2023 *Die Krise der Narration*, Berlín, Matthes & Seitz, 2023].
- SARTRE, Jean-Paul (1938), *La Nausée* (París: Gallimard).